

EL AYER, EL HOY Y EL MAÑANA INTERNACIONALES

SOBRE EL ATASCO DE EUROPA
OCCIDENTAL

ESCRIBIMOS estas líneas bastante después de haberse puesto fin a los diálogos habidos en Lisboa con ocasión de la Conferencia Atlántica. Acaso más de un lector considere que el anterior subtítulo no resulta indiscutiblemente adecuado y su título exacto sería este otro: el parto de los montes. Pero tal titulación supondría que quien la estampa implícitamente acepta que en él vive la decepción al hacer el balance de los diálogos lisboetas, y que ante lo menguado de la cosecha la única reacción presumible es la de desilusión. Quien redacta estos comentarios está bien lejos de sumarse a los colectadores de amargas decepciones. Ni de la Conferencia de Lisboa ni de la anterior de Roma podía esperarse nada decisivo. Al deducir en el sentido apuntado no atribuimos ningún grado de responsabilidad a cargo de la miopía o torpeza de los colocutores, ya que ni ellos ni nadie puede alcanzar la meta cuando nos hemos adentrado en un callejón sin salida, y no es otro el trance en que se encuentra el mundo occidental en los instantes presentes. Como acaso esta afirmación pudiera considerarse como indisculpablemente frívola o inadecuadamente arbitraria, intentaremos, si ello es factible, eliminar todo motivo de posible reproche.

El mundo occidental está engarzando una interminable cadena de paradojas, y a medida que esta construcción ininterrumpida se prolonga la posición de Occidente respecto al angustioso problema de su seguridad lejos de mejorarse se agrava. Sobre las llamadas potencias occidentales vencedoras proyecta su sombra una terrible hipoteca; se generó ese factor de maniatamiento el día 8

de enero, en Yalta, a través de los diálogos secretos, que, pese a su clandestinidad y, por ende, a su no virtualidad legal, fueron reflejados en convenios, entre otros en el Tratado de San Francisco de 8 de septiembre de 1951. De modo que esa supuesta y tan alegada argucia soviética no es en definitiva otra cosa que la consecuencia de haber pasado a la categoría de actual lo que ya potencialmente era una realidad desde 1945.

Reiteradamente se ha inculcado a Roosevelt por lo desacertado de su orientación, emproada al logro de un sedicente apaciguamiento ruso. Resultaría cómodo y hasta disculpablemente humano el achacar a Roosevelt la responsabilidad de lo concedido en Yalta, donde Rusia, sin un solo sacrificio, en realidad se vió reinstalada en la posición que ocupaba en Manchuria y Mongolia antes de ser expulsada de ambos territorios después de los desastres de Yalu y Tushima, reflejados de modo atenuado en las estipulaciones del Tratado de Portsmouth de 5 de septiembre de 1905. Pero la anterior imputación no sería abiertamente justa; ello sin contar con que no serviría ni para incrementar nuestras esperanzas ni menos aún como antecedente que nos aproximara al camino del aquietamiento. La terrible realidad que se ofrecía al mundo en el año de 1945, si no carecía de precedentes en la Historia, ello no obstante, en un sentido resultaba inédito: en lo que atañe a la posición de Rusia respecto de Occidente y de Extremo Oriente. De ello no es difícil darse cuenta consignando aquí algunas observaciones.

Rusia, en el decurso de sus últimos tres siglos de historia, no fué nunca con el mismo grado de intensidad potencia europea y asiática a la vez. Para alcanzar ese fin plural no disponía de medios que le permitiesen atender en el mismo grado de intensidad y eficiencia al Este y al Oeste. Como la expansión plural y coetánea resultaba irrealizable, Rusia, a impulso de las circunstancias y ateniéndose a las coyunturas, practicaba más bien una política pendular, concentrando unas veces su atención en Europa y otras en las lejanías asiáticas. El mismo sistema de alianzas concertado antes de estallar la primera guerra europea parecía fortalecer la precedente versión, ya que Rusia tenía ante sí como elementos de contención, en Europa, la Triple Alianza, y en Asia el Tratado anglonipón. Una y otra convención actuaban como detergentes del imperialismo ruso. De ahí que Rusia no pudiera realizar plenamente ni sus ambiciones panasiáticas ni sus aspiraciones panesla-

vas. No podía extraer provecho de victorias como la de Plewua, y menos aún sustraerse a las consecuencias de los desastres de Yalu y de Tushima. Resultaba así que en el período histórico conocido con la denominación de la época de la «paz armada», la diplomacia occidental —continental o insular—, unas veces con sus propios medios y en otras ocasiones con el complemento representado por la acción concorde de una nación asiática, se ofrecía como la imagen de una tenaza en torno de Rusia, que impedía a ésta llevar a cabo en forma acentuada una labor expansiva. Esta realidad de encercamiento ruso no había perdido totalmente su vigencia al estallar la guerra rusoalemana en 1914; se producía la invasión alemana con el antecedente del eje Roma-Berlín y de la firma del pacto antikomintern. Es entonces cuando llegó a su período agudo la tesis de los espacios vitales, cuyos perfiles excluían toda posibilidad de expansión rusa hacia el Este o hacia el Oeste, por cuanto una parte de lo que hoy se halla situado más allá del telón de acero entraba dentro del planeado espacio vital alemán, y la Manchuria no sólo se veía más ligada al Japón por la creación del Manchukuo, sino que el Imperio del Mikado la había convertido en base nuclear de la llamada Gran Asia Oriental. La acción conjunta de esa doble presión a cargo de los llamados países vitalistas no se consumó, por cuanto el Japón concentró sus posibilidades oceánicas frente a Estados Unidos e Inglaterra y en tierra firme luchando contra Chiang Kai Chek, que a la sazón representaba la causa nacional china frente al Gobierno marioneta instalado en Pekín a instigación del Japón. Por este concurso de extrañas circunstancias no se produjo la doble presión nipogermánica, desvinculándose así todo lo que había de lógica en la pleural acción presionante de Alemania y el Japón. Antes de Yalta estaban virtualmente derrotados los dos citados elementos de contención rusa; pero vencidos no quería decir prácticamente eliminados, puesto que su ausencia iba a engendrar un desequilibrio tan acentuado que Europa y el mundo no habían conocido otro tan prominente ni siquiera en el período de la omnipotencia napoleónica. La derrota, por tanto, a quien aprovechaba era específicamente a Rusia, que le abría dos caminos de expansión, ahora explotables en sentido coetáneo y plural, ya que, de un lado, las tierras manchurianas y coreanas quedaban abiertas a su presión, y de otro restaba una Alemania seccionada y mutilada territorialmente, incapaz de recobrar en tales condiciones de escisión su protagonis-

mo, susceptible de actuar como una fuente compensatriz. Dicho en otros términos, el sistema defensivo europeo adoptaba, acaso de modo irremediable por lo menos en un próximo futuro, el perfil de una organización con base en la instauración de líneas exteriores, versión que en ciertos medios norteamericanos sirvió de apoyatura dialéctica para esgrimir la tesis de la estrategia periférica, cuya aceptación implicaba el sacrificio de la Europa occidental situada más acá del telón de acero. En esencia, la misma concepción del Pacto Atlántico no representa sustancialmente más que el propósito de organizar de modo más o menos eficiente la defensa articulada en líneas exteriores.

Si son tenidas en cuenta las anteriores consideraciones no resultará tarea imposible la de explicar el porqué se han abierto paso determinadas resistencias tendientes a evitar la posible inclusión de Alemania en el dispositivo del Pacto Atlántico. Es igualmente comprensible que esa inclusión germana contase en cierto modo con el apoyo de las dos naciones talasocráticas signatarias del Pacto Atlántico, ya que tanto Estados Unidos como Inglaterra —especialmente la segunda de las dos citadas naciones— saben por lo que alecciona una prolongada experiencia histórica cómo la restauración del equilibrio, alterado ahora en beneficio de Rusia, no podría ser realidad si no se apoya en tierra firme europea, ya que sólo así sería dable contar con el continente no como playa de desembarco posterior a la invasión rusa, sino como dilatada cabeza de puente que impida el advenimiento de condiciones que Europa no conociera desde los tiempos de Enrique VIII de Inglaterra. En Lisboa, con versión específicamente atlántica, no podía ser resuelto el problema enunciado, y no pensamos encontrarnos camino de un deseable epílogo intentando esa flúida conexión del sedicente ejército europeo y de los efectivos reunidos por las naciones periféricas. No se olvide que el actual desequilibrio reviste en cierto modo la condición de inédito, por cuanto en las anteriores versiones históricas el desequilibrio se producía siempre o casi siempre en beneficio de los vencedores y en perjuicio de los vencidos, mientras que en la hora presente sólo uno de los vencedores ha retirado positivo e indiscutible provecho a la sombra de la realidad creada en 1945.

DUALISMO Y PLURALISMO

En más de una ocasión —y la reiteración nunca nos pareció excesiva— hemos aludido a esos movimientos de evasión que asoman, como intento de inhibirse de la denominada tesis dilemática, a tenor de la cual, polarizado el mundo ante la imprescindencia de dos protagonistas de primera magnitud, no le restaba al sector extrarruso y extranorteamericano más recurso que el sumarse, en situación de más o menos acentuada satelización, a uno de los dos citados astros de primera magnitud. Como reacción de instinto vital, y en cuanto además de explicable afán de supervivencia, resulta disculpable ese apuntado afán de desistimiento. De un lado, porque si se mantiene la tesis de la imposible avenencia entre Washington y Moscú habríamos aceptado implícitamente la versión a cuyo tenor es irremediable la guerra, diagnóstico sombrío que sólo puede exculparse como reacción dialéctica póstuma y desesperada. De otro porque resultaría ser peligrosamente prematuro el obturar todos los caminos de posible salvación marginal y deducir que desgraciadamente estamos embarcados en un dualismo de cuyas exigencias epilogales no podemos liberarnos. Esas reacciones apuntadas explican perfectamente el porqué se da la circunstancia de que en este mundo alucinado, donde todo lo que nos circunda es increíble y cruelmente episódico, como una excepción a tal circunstancialismo corrosivo se percibe la insistencia personalizada en cuantos se obstinan en sostener que no se han cerrado todas las posibilidades encaminadas a rehuir el dilema referido. Ahora bien, esa apuntada tendencia puede decirse que reviste dos perfiles sustancialmente distintos: según una exégesis, acaso la pasividad de los requeridos para alinearse a un lado o a otro del dilatado frente polémico sea motivo bastante para que los protagonistas, ante la resistencia de su sedicente clientela, renuncien a incrementar el dilema y piensen que al mundo le restan más posibilidades que las dilemáticas, engendradas por la concurrencia de dos tesis irreconciliables. Pero si la fuerza es factor positivo, único ingrediente capaz de nutrir propósitos hegemónicos, la pasividad frente a la acción no podrá actuar como detergente, y los que intentan la evasión pura y simple bien a su pesar se verán implicados, caso de producirse el temible choque. Es la vana ilusión de los neutralismos margi-

nales y pasivos, cada vez menos practicables, como lo evidencia un sencillo balance operado en torno a lo que demuestran las dos últimas guerras universales.

De ahí que se propugne otra acción, que sería algo así como la aglutinación de los disidentes, realizada en forma tal que así se generase una tercera fuerza capaz de actuar como contrapeso primero y como eliminante del dilema después. La primera versión, que hemos repudiado, es la representada en Alemania por los que aducen el conocido *slogan* de «Onhe Uns», y vinculada en Francia a los que suman su adhesión a la tesis del «escapismo». No se trata de huir o apartarse de un duelo en potencia, sino de tomar posición activa para que los dos protagonistas piensen que hay algo más allá del dilema que con tanto ahinco se ha esgrimido.

Precisamente en estos días se hizo referencia a una versión alemana reflejada en un artículo insertado en la revista *Der Spiegel*, y del cual es autor el director de dicha revista, Jens Daniel. Intentemos resumir aquí la tesis alemana para producirnos después respecto a su viabilidad y a su fortaleza dialéctica.

La base argumental es la siguiente: los Estados Unidos con su poder, sobre todo si lo ponen al servicio de un intenso rearme, pueden acaso imponer prudencia a la U. R. S. S. y evitar una tercera guerra mundial. Ahora bien, si esos cálculos fallasen y la guerra llegase a ser realidad, lo que no pueden evitar los Estados Unidos es la invasión de Europa, y esta posibilidad induce a mucho a pensar si no sería preferible a una resistencia ineficiente una conformidad con lo inevitable. Tal consecuencia no sería la única a establecer de acuerdo con las anteriores consideraciones. Resta una fuerza en Europa susceptible de ser empleada como un factor de equilibrio e incluso como posibilidad de eludir las consecuencias de la tesis dualista. Ese poder, según Jens Daniel, sería la acción conjunta de Alemania y de Francia, situadas en un pie de igualdad. Nadie dudará que sobre todo en la primera guerra mundial —en lo que afecta a Francia y Alemania— y en el curso de la segunda contienda —en lo que atañe a Alemania— los ejércitos de ambas naciones han actuado como elementos destacados en la lucha. Esa comprobación parece inducir a la consecuencia de que si fuese posible soldar esas dos fuerzas militares se lograrían dos finalidades coincidentes, aun cuando en apariencia distintas: procurar la restauración del equilibrio en el viejo mundo y resasirse de la versión norteamericana del problema europeo en el instante

presente. Francia fía en Norteamérica, de un lado, porque en esa cooperación puede encontrar disculpa a su falta de resolución en la hora presente; de otro porque vive bajo los efectos del complejo de una posible recidiva alemana. Esta doble versión nos parece acertada, y nosotros, por nuestra cuenta, añadiríamos que Francia padece hasta tal extremo el temor del rearme alemán, en el cual ve el ocaso de su seguridad, que no le bastan las garantías consignadas en el Pacto de Dunkerke ni las incluidas —por diluidas que parezcan— en las cláusulas del Pacto Atlántico. Hemos de reconocer, porque ello es de justicia, que no nos causan extrañeza esas reacciones francesas, ya que pensar de otro modo valdría tanto como ignorar que desde 1870 en tres ocasiones vió Francia invadidas sus tierras por los ejércitos alemanes. Mas ello no obsta para que brindemos a los que padecen la obsesión de la seguridad determinadas consideraciones que estimamos no carecen de relevancia.

En 1919 Clemenceau había centrado sus ilusiones en la conclusión de un pacto de garantía francoanglonorteamericano, a virtud de cuyas disposiciones se ofrecería a Francia la ayuda de las dos naciones anglosajonas en el supuesto de un ataque alemán no provocado. El pacto no fué nunca realidad. Francia quedaba entonces en una posición mucho más peligrosa que en la actualidad. De un lado porque Rusia, sometida al sistema del aislamiento y debiendo atravesar por un cruento período revolucionario, no ofrecía el peligro que hoy representa; de otro porque Alemania podía por la existencia de ese vacío en el Este, pensar en su rearme posible. Hoy las circunstancias han variado sustancialmente; el peligro, por lo menos la amenaza inmediata, está en Rusia; Alemania, vencida pero no desunida en 1919, territorialmente menos amputada, contaba con más probabilidades de restauración. Hoy Alemania, escindida y espacialmente mermada, no ofrece ese peligro; ello sin contar con la preexistencia de los pactos de garantía a que dejamos hecha alusión.

Francia habla de un ejército europeo, pero dosificado en lo que afecta a la participación en el mismo de Alemania y con reservas y condiciones que hacen muy difícil la unidad precisa en esa proyectada fuerza defensiva. Ello induce al articulista alemán a escribir: «Si la Francia de Plevén, Schuman y Queuille debe dominar el ejército europeo, no habrá jamás protección efectiva de Europa. Más valdría a Alemania situarse sin armas respecto de

los soviets que entrar en una alianza defensiva con una Francia que teme a su aliado alemán más que a su enemigo soviético. Los Estados Unidos se sirven de Francia para imponer a Europa una política y una estrategia americanas. Para escapar de la dominación norteamericana no resta más que un recurso: asociarse Francia y Alemania. La única posibilidad de una defensa efectiva de Europa reside en una comunidad francoalemana, constituida voluntariamente por los dos contratantes, y que al no encontrarse ya bajo el mando de Eisenhower suscitaría menos desconfianza de los soviets.»

Es problema opinable el de la efectividad de esa coalición voluntaria de Francia y Alemania; lo que ya nos parece extraña es la afirmación del articulista aseverando que esa alianza suscitaría menos suspicacias en Rusia. Todo esto contrasta con la reciente propuesta rusa encaminada al logro de una reunión «de los cuatro» para tratar del problema de la unidad alemana y de la defensa de dicho país para que permanezca como una especie de Estado tapón entre el Este y el Oeste. La tesis rusa aceptada equivaldría a desproveer de toda posibilidad el proyecto de un ejército francoalemán, que sería no tan sólo un artilugio entre dos mundos, sino una fuerza autónoma capaz de alterar lo que constituye hoy inquietante desequilibrio del mundo. Nunca un país beneficiario en un continente de la alteración del equilibrio ha propugnado ni admitido sin abierta resistencia tesis que pretendan precisamente poner término a una desigualdad de fuerzas, base potencial de toda posible hegemonía.

ESPAÑA Y EL MUNDO ÁRABE

En los precedentes comentarios hemos aludido al pluralismo como una de las inclinaciones que pretenden abrirse paso en los instantes presentes. El pluralismo es una propensión basada en las posibilidades biológicas que ofrece la preexistencia de las denominadas afinidades inmediatas, y nada tiene de extraño que en un mundo que ha alcanzado un tan agudo grado de dispersión como este mundo postbélico de la hora presente hagan acto de presencia esas inclinaciones orientadas hacia la seguridad de quienes consideran que les unen determinadas notas coincidentes. Tal es el caso del mundo árabe. Como es sabido, el 22 de marzo de 1945 se

signaba en El Cairo el convenio denominado Liga de los Estados Arabes, del cual son signatarios Transjordania, Irak, Arabia Saudita, Líbano, Egipto y el Yemen, convenio que complementan tres anejos. Dicha Liga tiene por finalidad el coordinar la acción política de los signatarios, salvaguardar su independencia y tomar disposiciones concernientes a los intereses de los países árabes en general. Se proscribieron el empleo de la fuerza respecto de los conflictos que puedan surgir entre miembros de la Liga y se asigna carácter obligatorio y ejecutivo a las decisiones del Consejo. Caso de agresión o de amenaza de agresión contra un Estado miembro el Estado víctima o amenazado de agresión puede solicitar la reunión inmediata del Consejo; por voto unánime el Consejo decidirá sobre las medidas que deben adoptarse para rechazar la agresión. Aun cuando la Liga sólo se integra por los Estados signatarios del Convenio de El Cairo, se prevé el ingreso en la misma de todo Estado árabe independiente; por ello en un anexo se prevé la cooperación de la Liga con países árabes no miembros. Es así como nació, en calidad de fruto de la inmediata postguerra, esta organización de tipo regional, cuyas finalidades no son incompatibles con la cooperación internacional en sentido genérico.

Desde el punto de vista geográfico la Liga reviste una especial importancia, puesto que abarca un área territorial que puede considerarse como uno de los centros neurálgicos del mundo, por la doble consideración de su proximidad a la U. R. S. S. y habida cuenta que dos Estados pertenecientes a la Liga árabe encierran dentro de sus límites territoriales ricos yacimientos petrolíferos; aludimos a la Arabia Saudita y al Irak. Aun cuando la Liga Árabe, signada el 22 de marzo de 1945, es anterior a la Carta de las Naciones Unidas —de 26 de junio de 1945—, y por lo tanto, no podía hacerse alusión al capítulo VIII de la Carta —arts. 52 y 54, concernientes a los pactos regionales—, es evidente que la Liga Árabe se adapta claramente a las exigencias que respecto de todo acuerdo regional se contiene en los dos artículos citados de la Carta. Ello explica que desde la signatura del acuerdo de El Cairo se considerase la Liga como un factor de paz y una garantía de necesaria estabilidad en lo que atañe a la región del Oriente Medio. Esta deducción apuntada pareció alterarse con ocasión de los problemas planteados respecto a la revisión y posible derogación del Tratado angloegipcio de 26 de agosto de 1936, en cuyo art. 16 se preveía su revisión al cabo de veinte años de vigencia, así como

en lo concerniente a la posible anulación de los convenios de 19 de enero y 10 de julio de 1899, relativos al condomino angloegipcio del Sudán. Así nació la iniciativa francoturcoamericana ofreciendo a Egipto la conclusión de un Tratado de garantía, sugerencia que no fué aceptada; esta negativa por parte de Egipto se explica teniendo en cuenta que el art. 19 de la Liga prevé la modificación del Pacto por voto de los dos tercios de los Estados que la integran, y estipula igualmente que pueden introducirse modificaciones a fin de reglamentar las relaciones de la Liga con las organizaciones internacionales que pudieran crearse en el porvenir para garantizar la paz y la seguridad». De tal cláusula se induce claramente que Egipto no podía unilateralmente aceptar la sugerencia francoturconorteamericana sin contar previamente con el asentimiento de los otros signatarios del Pacto de El Cairo. La oferta citada no sólo ha de considerarse en relación con los convenios de 1936 y 1899, sino teniendo en cuenta que el ingreso de Grecia y Turquía en la organización del Pacto del Atlántico extendía los efectos de este convenio al Mediterráneo oriental, en cuyo sector del Mare Nostrum desempeña Egipto un papel de primer plano.

De todo lo anteriormente expuesto inducimos que por ahora la Liga Árabe seguirá siendo una realidad viviente y que ninguno de sus miembros aisladamente entrará a formar parte de pactos defensivos. Así se induce de las manifestaciones del secretario de la Liga Árabe, Abdul Rahman Azzam Bajá, el cual, con fecha 22 de abril de 1951, afirmaba que «el mundo árabe no se adheriría a un comando defensivo del Oriente Medio patrocinado por el extranjero». Esta afirmación parece reforzarse dialécticamente si se tiene presente que en la Conferencia de la Liga Árabe, convocada para el día 29 de abril en El Cairo, se tratará de concluir un pacto de mutua defensa para velar por la paz y evitar la agresión. Si a cuanto dejamos consignado se agrega la circunstancia de una honda inquietud en ciertos sectores del mundo árabe —especialmente en el Protectorado francés de Túnez y Marruecos—, se comprende fácilmente que el Oriente Medio figure entre las inquietudes máximas de la hora presente.

En estas circunstancias se anuncia la visita a los países del mundo árabe del ministro de Relaciones Exteriores de España. Es, que nosotros sepamos, la primera vez que un ministro de Asuntos Exteriores español realiza un desplazamiento de tal índole. Ello uni-

do a la actual situación del mundo árabe bien merece por nuestra parte unas glosas aclaratorias o explicativas, consignadas como reflejo de nuestro personal y privativo punto de vista.

En más de una ocasión hemos destacado cuánto hay de inexplicable extrañeza en la actitud que respecto de nuestro país vienen manteniendo los países signatarios del Pacto Atlántico. De dicho convenio forman parte países que son preponderantemente atlánticos, otros que aparecen a la vez como potencias mediterráneas y atlánticas y algunos sólo bañados por las aguas del Mare Nostrum; en el primer caso se encuentran los Estados Unidos, en el segundo Francia y en el tercero Italia, Grecia y Turquía. España, pese a su doble e indiscutible condición de país atlántico y mediterráneo, no es signataria del citado convenio, y cuando en éste se ha ampliado posteriormente a su signatura el número de sus miembros esa extensión no alcanzó a nuestro país. Nada más lejos de nuestro ánimo que el inquirir respecto a la razón de ser de ese marginalismo; mas ello no obsta para consignar aquí que quienes han procedido en el sentido apuntado ignoran la proyección de leyes geopolíticas insoslayables, que son argumento decisivo en apoyo de la tesis a virtud de la cual un pacto de esa índole sin la cooperación de España constituye un convenio incompleto, y por ello difícilmente viable. Bien entendido que al dejar sentada la afirmación que antecede no queremos afirmar que la política internacional es una mera versión de la geopolítica, sino recordar que las exigencias geopolíticas no pueden desdeñarse más o menos frívolamente y que ignorarlas sistemáticamente puede conducir a quienes las soslayan a situaciones de peligrosa inestabilidad.

La geopolítica, con ser un factor imprescindible, no es el único que debe considerarse como elemento de juicio. En el caso presente, y en lo que a España concierne, existen otras consideraciones que no pueden desdeñarse; se resumen en esta característica: acaso ninguno de los pueblos de Europa, incluso los signatarios del Pacto Atlántico, pueden exhibir una tan indiscutible cordialidad como lo es la actualmente comprobada de España respecto del mundo árabe. De ello hemos tenido pruebas concluyentes; entre otras muchas, el apoyo que nos han prestado en las reuniones internacionales, especialmente en el seno de la Organización de las Naciones Unidas. A esa consideración es preciso agregar otra: es sabido cómo en Norteamérica existe una inclinación opuesta a cuanto signifique prolongar más allá de lo biológico y constructi-

vo el sistema colonista. Esa hostilidad norteamericana no puede en modo alguno alcanzar a nuestro país, ya que en Washington se percibe lo que resulta evidente, a saber: que en tanto que el mal-estar y la inquietud asoman y se intensifican en determinados sectores árabes del Imperio francés ultramarino, en contraste, ninguno de esos síntomas puede encontrarse en nuestra zona de Protectorado, donde, por el contrario, se aprecia una cada vez más clara inclinación a la colaboración amistosa y constructiva entre España y Marruecos. De no constituir una plena evidencia lo que antecede carecería de oportunidad el desplazamiento de nuestro ministro de Relaciones Exteriores, que si se lleva a cabo es precisamente para evidenciar cómo en este mundo desleído y suspicaz todavía restan posibilidades de acción solidaria. España al proceder en el sentido indicado no lleva a cabo ninguna maniobra sorprendente de política internacional; antes bien, se limita a cumplir con lo que es su específico e insoslayable destino: actuar como elemento de conjunción entre el mundo árabe y el mundo europeo; esa alta y generosa labor mediadora no es un intento que ahora pretendemos realizar en cuanto ensayo más o menos venturoso, sino el fruto de muchos años de Historia, a lo largo de los cuales, atendidos siempre a nuestras inclinaciones ecuménicas, pudimos demostrar al mundo hasta qué extremo constituimos un factor de aglutinación. No es, pues, una maniobra de ambición la que ahora nos proponemos llevar a cabo, sino una lección de experiencia que brindamos al mundo que más precisa de estos aleccionamientos, por si es aún posible atenuar ese complejo de dirigismo cuya reinstalación en el mapa de Europa es cada vez menos verosímil.

VISPERAS ELECTORALES

Desde Norteamérica, no sin aparentes motivos, se reprocha a Europa con notoria y simbólica insistencia lo que desde la otra orilla del Atlántico se denomina nuestro mal de «municipalismo»; para cimentar dialécticamente esa alegación se ofrece como contraste la experiencia norteamericana, realizada a escala continental. Es sabido que las verdades generalmente lo son por la sustancia que encierran, pero en ocasiones una semiverdad adquiere el rango de verdad auténtica no por su virtud percatante, sino por la mera reiteración. Algo de esto ocurre en los Estados Unidos por

parte de los que reprochan al viejo mundo lo que desde la otra orilla se considera como irritante «municipalismo». Porque la verdad es que en Norteamérica se aprecia la proyección cierta de un evidente «provincialismo»; a este fenómeno alude con insistencia un autor norteamericano, James Burnham, en su obra *The Struggle for the World*. Ese «provincialismo» norteamericano ha revestido distintas expresiones ocasionales, pero estos rótulos aparentemente disímiles responden a un invariable contenido; llámese aislacionismo, americanismo cien por cien, monroísmo, la inclinación no se altera, y se traduce en la siguiente consecuencia: los Estados Unidos, situados de hecho en el primer plano del protagonismo internacional, no han podido asimilar lo que esa posición implica y los deberes que lleva anejos tal grado de responsabilidad histórica, que cuando recae sobre los hombros de una nación lo que algunos rotulan como inhibición no es en esencia más que deserción. Ahora, en ese largo proceso que se inicia con las votaciones para designar delegados a las convenciones demócratas y republicanas, y que conocerá su epílogo cuando el pueblo norteamericano, en noviembre próximo, sea llamado a designar el huésped cuatrienal de la Casa Blanca, puede el observador sereno y objetivo retirar más de un motivo de aleccionamiento, como no es difícil poner de manifiesto.

Los dos grandes partidos políticos norteamericanos (el republicano y el demócrata) nunca han constituido dos frentes polémicos netamente diferenciados en el orden de su ideario político, como lo son, por ejemplo, los partidos laborista y conservador, en Inglaterra. Es esto tan evidente que a lo largo de la historia política norteamericana puede comprobarse cómo en el orden del tiempo las plataformas electorales de ambos partidos, lejos de seguir una línea ideal coherente y prolongada, muchas veces se plagian alternativamente el uno al otro. Pero todas esas experiencias fueron posibles en tanto Norteamérica podía vivir a expensas de su herencia monroica, manteniendo libertad de acción para orientarse en el orden internacional. Ese período idílico de las dos esferas y del famoso meridiano ideal es hoy un puro anacronismo, pese a lo cual son muchos los que aún se obstinan en galvanizarlo. Es cierto que ninguno de los que aspiran a ser candidatos en las próximas elecciones se atreve a respaldar el aislacionismo que todos, sin excepción, repudian. Pero una cosa es tal aparente excomunión y otra muy distinta su eliminación auténtica. Desertar del aislacionismo en Norteamérica implica una insoslayable consecuencia: hacer pro-

fesión de fe universalista; pero quedarse a mitad de camino, propugnando la tesis de una colaboración condicionada, vale tanto como incidir en pasados errores. Así, cuando se defiende en algunos sectores del partido republicano —especialmente en el grupo que se aglutina en torno de Taft— el sistema denominado de la «defensa periférica», no se hace otra cosa que desertar del ecumenismo, inclinación insoslayable por parte de una nación cuya proyección internacional no conoce prácticamente límites en el espacio.

Consignemos, ello no obstante, como dato que puede encerrar una relativa virtud aleccionadora el siguiente: precisamente por la dificultad de movilizar un tan amplio cuerpo electoral como lo es el norteamericano, masa de votantes que esencialmente se distribuye entre los dos grandes partidos políticos —la tercera posición que encarna Wallace está prácticamente arrumbada—, las elecciones no pueden tener lugar sin la preexistencia de la «máquina», cuyas proporciones ingentes son de todos conocidas. Ello en cierto modo obliga al elector a incluirse en una de las dos fracciones políticas, lo que de modo indirecto contribuye a limitar su libertad de acción. Ahora pudiera producirse una alteración en tales hábitos tradicionales, en el sentido de que al elector le fuese dable emitir su voto al margen de la «máquina» o del «aparato» electoral. Lo decimos a propósito de algo que, a nuestro parecer, encierra más trascendencia que la de un puro incidente preelectoral. En Minnesota, al procederse a lo que se denominan elecciones primarias, Eisenhower —cuya aceptación como candidato no es aún problema totalmente resuelto— no podía contar más que con los votos de los «espontáneos», cuyo sufragio encierra un doble valor simbólico; de un lado, porque debieron hurtarse a las presiones de los que podríamos denominar candidatos con *manager*, y de otro les faltaba el factor de votación en serie, que tan grato es al pueblo norteamericano, inclinado siempre a las realizaciones de tipo cuantitativo. Suponemos que no será tan sólo el prestigio personal de Eisenhower el factor determinante de esa aglutinación de sufragios en torno a su apellido, y que más pesaría en el ánimo de sus seguidores la circunstancia de que Ike es un jefe atlanticista. Con ello no queremos significar que Eisenhower pertenezca a una categoría de los atlanticistas cien por cien; más bien cabe encuadrarlo en la tesis de que, cerniéndose el riesgo sobre todos los pueblos componentes de la denominada comunidad atlántica, el sacrificio que implica el rearme ha de ser obra compartida sin excep-

ciones y que, por tanto, están de más todos los movimientos neutralistas europeos, que en definitiva no constituirían más que una versión trasnochada del aislacionismo norteamericano. No representaría, por tanto, Eisenhower ni un atlanticista químicamente puro ni un asiaticante integral tipo Hoover. En esa posición, dialécticamente más firme y coherente, podría encontrarse remedio capaz de liberar a la política internacional norteamericana de esa «falta de madurez» de que habla James Burnham, y de la cual el citado autor considera como reflejo la tendencia a cambiar «de modo brusco, sin ningún motivo justificado». La elección posible como candidato de Eisenhower no representaría promesa restauradora de lo que en Norteamérica se denomina política bipartita, por cuanto se ha evidenciado como tal inclinación apoyada en la coincidencia republicanodemócrata en materia de política internacional, precisamente por el factor de equilibrio que lleva implícito, adolece de falta de estabilidad, como lo evidencian experiencias recogidas a lo largo de los dos últimos años. Claro está que un posible triunfo de tal política no resultaría relevante si no contara con el respaldo de una aplastante mayoría del pueblo norteamericano, ya que ello sería señal de que se había puesto fin al lamentable episodismo de la política internacional de los Estados Unidos.

CAMILO BARCIA TRELLES

